

coger á los desgraciados que esperaban hacia ya cien dias á sus salvadores, en el peñasco de coral de la isla de Rossell.

Zarpamos de Puerto-de-Francia el 27 de diciembre, llenos de alegría y satisfacción por nuestro honroso encargo. Ninguno de nuestros marineros ignoraba cuál era nuestro destino, ni las horrorosas circunstancias que lo habían hecho necesario. Las explica-

ciones *sabias* de los timoneros habían participado á todos que íbamos á visitar lugares inexplorados, y que la ruta que necesitábamos recorrer para trasportar los naufragos de Rossell á Sidney era á propósito para hacernos descubrir, no precisamente un continente, sino alguna isla ignorada. Así, en las hermosas noches en que el viento periódico del trópico nos dispensaba de toda maniobra, y cuando una atmós-



La tripulación del *Saint-Paul*, atacada por los indígenas de la isla de Rossell.

fera tibia invitaba á la gente franca de servicio á pasar las primeras horas de descanso en el puente, la tripulación cantaba en coro un romance muy conocido de los marineros, y que las circunstancias del momento les hacían mas grato:

Gais matelots voguons sur l'onde,
Sillonons la plaine profonde
Pour découvrir un nouveau monde.
C'est pour cela
Que Dieu nous crea (1).

(1) Alegres marineros, boguemos sobre las olas, surquemos las profundas llanuras para descubrir un nuevo mundo. Dios nos creó para esto.

La poesía, como se ve, no es rica; pero los marineros no tienen pretensiones de ningún género en esta materia.

Segun los informes del capitán del *Saint Paul*, el naufragio había ocurrido en la estremidad oriental del archipiélago de la Luisiada, probablemente en la isla *Adela*.

El 5 de enero de 1859 dimos vista á esta pequeña isla formada de coral, cubierta de bosques y sin indicios de población. Ningun vestigio pudimos descubrir del *Saint-Paul*, y el capitán P..., á quien llevábamos á bordo, declaró que había tocado en una tierra mucho mas alta, que podía muy bien ser la que descubrimos un poco mas lejos: aquella era en

efecto la isla de Rossell, á la que no tardamos en llegar. El *Saint-Paul* dejaba todavía ver su bauprés y su popa sobre el arrecife que, como ocurre en la mayor parte de las islas de la Océanía, se levanta como una muralla entre el mar y la tierra cuya inmediación defienden al parecer. Algunos centenares de metros mas afuera, el *Saint-Paul* hubiera doblado

ileso aquel formidable escollo. ¡Dios dispuso las cosas de diferente modo!

Nos acercamos también al islote del Refugio, pero no había allí un ser viviente, ni una señal siquiera en aquella mole de coral de 20 metros de anchura y 35 de longitud.

Un oficial que bajó al islote vió una tienda conver-



Un marinero muere en la chalupa del *Saint-Paul*.

tida en girones, sujeta todavía á dos árboles serrados á un metro del suelo y ahuecados como para servir de depósito; dos cadáveres sepultados bajo una cubierta de guijarros; pedazos de tela esparcidos por el suelo, y gran cantidad de conchas de mariscos, que por el hecho de haber sufrido la acción del fuego era de creer habían servido de alimento á los naufragos.

Habiendo llegado la noche, y no conociendo ningún fondeadero, fue preciso esperar fuera del arrecife el día siguiente.

Al rayar la aurora nuestro capitán se puso á buscar un fondeadero. Este oficial, uno de los mas inteligentes de nuestra marina, había observado en sus largas escursiones por la Océanía un fenómeno tan general que puede erigirse en ley: esto es, que en

la desembocadura de todos los rios hay escision en el arrecife de coral (arrecife-barrera). La mezcla de agua dulce y de agua salada parece antipática á los pólipos coralinos. Su primer cuidado fue por lo tanto buscar un rio, y cuando vió uno hizo funcionar la sonda y encontró un espacio libre donde pudimos echar el ancla con toda seguridad. Este es el único fondeadero conocido hasta el dia en la isla de Rossell; y la sagacidad con que fue encontrado honra ciertamente en alto grado al que ha enriquecido con él la navegacion.

No bien anclamos, los botes, armados en guerra, se destacaron en busca de los naufragos, cuya suerte nos inspiraba ya profunda inquietud. Yo me hallaba en una de las islas. Navegando á pocas toesas de la

costa que se nos había mandado recorrer en toda la estension posible para hallar, ya indígenas, ya náufragos, no tardamos en descubrir dos piraguas tripuladas por seis indígenas. En vano les hacíamos señales de amistad y de reunion, pues huían velozmente navegando con el auxilio de un palo. En el momento en que íbamos á darles alcance abandonaron sus piraguas y desaparecieron entre los paleuvios que forman una cortina impenetrable á lo largo de la costa.

Aquellas piraguas, parecidas á las que se ven en todas las islas de la Melanesia, no son sino un tronco de árbol hueco, y están provistas de un balancin destinado á mantenerlas en equilibrio. El balancin se compone de un cuadro que flota á derecha ó izquierda, y está sólidamente sujeto por uno de sus lados al bordaje de la piragua. Fácil es adivinar que semejantes embarcaciones son muy estrechas: su longitud es de 3 á 4 metros. Algunas están pareadas, y en tal caso una mas pequeña que la otra desempeña las veces de balancin. Los indígenas las hacen navegar por medio de un palo, de remos ó de velas formadas de una especie de estera de junco sostenida por un arbolillo ó berlinga, y sujeta con cuerdas hechas de diferentes fibras vegetales, como las de la nuez del cocotero.

Nos abstuvimos de destruir las dos piraguas que habían caído en nuestro poder, pues nuestro objeto era entablar, en favor de los infelices á quienes íbamos á salvar, relaciones amistosas con los indígenas. Continuamos pues nuestro camino, y pronto vimos á un muchacho desnudo, metido en el agua hasta la cintura, que nos hacía señas para que nos acercásemos, pero no profería palabra ni exhalaba un grito. Tan reservada conducta nos hizo creer al pronto que era un fugitivo que no se atrevía á gritar, y por consiguiente uno de los náufragos. Lo era en efecto, aunque no un compatriota.

El pobre muchacho chino se arrojó en brazos del capitán P..., y sus primeras palabras fueron *jall deád!* (¡todos muertos!) ¡Júzguese cuál sería nuestra consternación! Nunca hubiéramos podido imaginar que trescientos diez y siete hombres fuesen fácil presa de unos salvajes tan mal armados y entecos como los que poco antes habíamos visto. Las aseveraciones del chino, que se explicaba por señas ó pronunciando algunas palabras en mal inglés, nos dejaron escasas dudas relativamente á la realidad de tan espantosa catástrofe. El pobre muchacho consiguió hacernos entender que solo quedaban cuatro de sus compañeros en tierra, uno de los cuales pertenecía á la tripulación del *Saint-Paul*, y era probablemente el carpintero. Según la relación del capitán P..., este hombre era un prusiano que se había embarcado en Hong-Kong, colonia inglesa en la China.

Por el chino supimos que aquel desgraciado estaba vigilado con el mayor esmero, atado y reducido al último extremo de la postración. Le habían pasado por el tabique de la nariz la espiga de hueso que los insulares de Rossell y de todas las tierras circunvecinas consideran como su mas precioso adorno. El carpintero habría sin duda sido adoptado por algun cacique, como el muchacho chino, que llevaba un collar y brazaletes. Uno de los primeros movimientos de este infeliz, al verse seguro en nuestra embarcación, fue arrancarse y arrojar al agua con indignación aquellas baratijas que simbolizaban la vanidad de los salvajes.

Fuimos un poco mas lejos y entramos en una ensenada en la que, según nuestro nuevo compañero, había una pequeña población. La había en efecto, y en el acto nos encontramos en presencia de unos treinta indígenas. Nuestras armas estaban escondidas en el fondo de los botes, para que no fuesen motivo de temor, y por consiguiente de desconfianza; no obstante, los naturales se mantenían á bastante distancia, de modo que no podíamos entablar negociaciones. Los mas osados de la turba se acercaron al fin, armados de lanzas, é hicieron desde luego toda clase de ofrecimientos al chino para obligarle á volver entre ellos, enumerándole todos los manjares y todos los goces que le destinaban; pero el muchacho, que nos traducía sus proposiciones, se mostraba del todo indiferente á ellas.

Después de haberse ocupado tanto del chino, á quien al parecer profesaban un verdadero cariño, los salvajes concluyeron por ocuparse un poco de nosotros, que poníamos á su vista hermosos géneros de algodón encarnado, tabaco y pipas, todo lo que les arrojábamos hasta los pies, pero en vano, porque aquellos bárbaros no se dignaban recogerlos. Ignoraban hasta el uso del tabaco, ignorancia sorprendente que solo puede explicarse por su completa separación del género humano, pues los traficantes australianos han propagado el uso del tabaco por todas las islas de la Oceanía que frecuentan. Si M. de Rienzi hubiese visto á los isleños de Rossell, habría tal vez creído hallar en esta ignorancia una prueba en apoyo de su original comparación, porque es probable que nunca se ha visto á un orangutan fumar en pipa.

Los salvajes hicieron una maniobra para cercarnos, y aunque conocieron al ver nuestro movimiento que el suyo había sido burlado, emplearon todos los esfuerzos mímicos de su retórica para inducirnos á retirar, del estrecho pasadizo que daba acceso á la ensenada uno de nuestros botes que guardaba el paso é impedía acercarse á él: satisfacción que nos era imposible proporcionarles. Convencidos por último de que nada conseguiríamos de aquellos bárbaros, á

quienes reclamamos, sirviéndonos del intérprete chino, los cuatro prisioneros que retenían, partimos para abrir en otra parte nuevas negociaciones.

Nos detuvimos en la desembocadura del río cerca del cual el capitán P... había establecido su campamento al ocurrir el naufragio.

Allí se presentó á nuestros ojos un espectáculo horroroso. Montones de vestidos y de mechones de pelo de chinos (ya se sabe que eran mas de trescientos) señalaban el lugar en que los infelices habían sido sacrificados; un tronco de un árbol derribado había servido de tajo para apoyar el cuello de las víctimas. Los verdugos habían arrancado el mechón de pelo de cada chino, aun vivo; y degollados luego á lanzadas, concluyeron por repartirse sus palpitantes miembros.

Estas espantosas esplicaciones que nuestro compañero conseguía hacernos entender en el mismo teatro de la carnicería, nos fueron confirmadas por un intérprete con nuevos detalles, mas tarde en Sidney. Hé aquí con toda exactitud lo que había ocurrido:

Mientras los pobres náufragos pudieron sustentarse en el islote del Refugio, se mostraron sordos á las insidiosas invitaciones de los salvajes que habían ido en piraguas á rondar en su derredor y á invitarles á que pasasen á la tierra firme para darles agua y víveres; pero, merced á uno de esos prodigios de industria, ó por mejor decir de ingenio, de que solo la necesidad puede dar la clave, los chinos consiguieron procurarse agua potable valiéndose de unos aparatos destilatorios improvisados con grandes conchas marinas y mangas de cuero procedente del *Saint-Paul*. Habían además cortado y ahuecado los dos árboles un poco mas gruesos que las malezas de que el suelo estaba cubierto, para convertirlos en depósito del agua pluvial que recibían sobre la tela de las tiendas. Pero habiendo consumido al fin los escasos víveres arrancados al naufragio y á los bancos de mariscos inmediatos al islote; y habiendo visto ya á dos de sus compañeros morir de hambre, los mas atrevidos ó los mas desesperados accedieron á las pérfidas insinuaciones de los salvajes y se embarcaron con ellos. Estos, que no podían y no querían por lo demás, sino tomar un corto número de pasajeros cada vez, los llevaron de tres en tres al antiguo campamento, pues á él pedían los chinos ser conducidos. Allí, una turba numerosa de salvajes cayó sobre aquellos desgraciados exhaustos de fuerzas y los sacrificó de la manera mas bárbara, llevando la rabia de la ferocidad y el exceso de una sensualidad frenética hasta el punto de romperlos á golpes para reblanecer la carne viva de que se disponían á saciarse...

Los gritos de las víctimas no podían llegar hasta el islote, que distaba de allí 1 ó 2 kilómetros; y aparte de esto, algunos árboles frondosos ocultaban la matanza

á los desventurados que permanecían en la roca. Así pudieron ser sacrificados sucesivamente sin combate mas de trescientos hombres, pues solo cuatro, como ya he dicho, se libraron de tan horrenda hecatombe, merced á haber sido *adoptados* por algunos caciques.

Represalias y partida.

El teatro de aquella carnicería humana sublevó nuestros corazones. Dímonos prisa á perderlo de vista, y en breve, emprendiendo nuestro camino hácia el buque, llegamos á la desembocadura del río delante del cual estaba anclado. Una columna de humo se elevaba á gran distancia en el bosque que cubre las orillas de aquella corriente, y era de suponer que allí encontraríamos habitaciones. Entramos en el río, estrecho pero profundo. Una vegetación exuberante lo sombreaba de tal manera que nos sumía en una oscuridad que, si bien nos permitía continuar nuestra navegación, nos impedía distinguir con claridad lo que en nuestro derredor pasaba.

No obstante, un marinero creyó descubrir un hombre encaramado en la copa de un árbol. Los pavorosos ahullidos y la granizada de piedras que sobre nosotros cayó inmediatamente, demostraron que no se había equivocado respecto de la presencia de aquel vigia. Empuñamos precipitadamente nuestras armas, que consistían en armas blancas á propósito para defenderse contra un abordaje, y en algunos fusiles y pistolas. Los primeros disparos no alejaron á nuestros agresores, que permanecían detrás de los árboles; pero no tardaron en apelar á la fuga, y entonces oímos unos ahullidos que únicamente con los de las fieras pudieran ser comparados. Solo dos ó tres de nuestros hombres habían recibido contusiones por las piedras.

Seguimos avanzando, pero dejando el río de ser navegable antes de dar vista á la supuesta población, nos vimos obligados á retirarnos con arreglo á la terminante orden que nos había sido dada, prohibiéndonos empeñar ataque alguno, y volvimos al buque.

Durante toda la siguiente noche oímos gritos y sonidos de trompeta, que los salvajes producen soplando en un gran caracol agujereado en su estremidad. Una trompa igual había encontrado yo en el campamento del *Río de la Matanza*. Al mismo tiempo encendíanse numerosas hogueras por todas partes en las inmediaciones de nuestro fondeadero, lo cual nos hacía suponer que aquello eran señales de una reunion precursora tal vez de horrorosos banquetes de carne humana.

En la mañana del siguiente día nuestros botes volvieron al sitio donde habíamos encontrado al muchacho chino, y á la población en que habíamos entablado inútiles conferencias; pero habiendo sido ata-